

Fuera de tiempo

MACARIO SCHETTINO

En estos días, los legisladores se reúnen a definir, cada partido por su cuenta, la agenda que impulsarán en el próximo periodo legislativo, que iniciará en unos días más. No dudo que los diputados le dediquen más tiempo y esfuerzo a la cuestión fiscal, y económica en general, mientras que los senadores se concentrarán en la reforma política. Incluso tendrán un seminario este lunes y martes, con destacados investigadores, para ampliar su perspectiva.

Mientras tanto, los partidos están ya en las elecciones estatales. Aunque las campañas iniciarán formalmente en abril o mayo, dependiendo de la ley electoral local, los procedimientos para tener candidatos estarán en marcha desde el mes próximo. En el camino a ello, estos días lo que se discuten son las posibles alianzas entre partidos, que deben decidirse previamente, porque alteran la forma en que se determina al candidato.

De todas estas alianzas, las que más aparecen en medios son las que potencialmente unirían al PAN y al PRD, con o sin sus satélites. Son muy llamativas por varias razones, entre ellas el que el PRD sigue sin aceptar formalmente al Presidente de la República, líder del PAN. El dirigente de este partido ha sostenido que cualquier alianza pasa precisamente por ese reconocimiento, mientras que desde el PRD no parece haber aún claridad al respecto. El conflicto interno en ese partido ha sido precisamente alrededor de ese reconocimiento, y la discusión de las alianzas lo ha vuelto a manifestar.

Las alianzas entre estos dos partidos han tenido algo de importancia en elecciones locales. No siempre han funcionado, pero en donde lo han hecho ha sido impulsando a candidatos de origen priísta, desplazados por su partido pero con presencia suficiente para apoyarse en una alianza y ganar con ello la gubernatura. En todos los casos, sus gobiernos no han sido particularmente notorios, ni por actuar muy diferente en la entidad, ni por proyección nacional. No se refleja en el gobierno la plataforma de ninguno de los partidos aliados, sino la red personal del candidato.

De cierta forma, ha sido el mecanismo para candidaturas independientes, dada la restricción legal que

éstas tienen. Como ocurre con ese tipo de candidaturas, no hay detrás un proyecto político concreto, sino una constelación de ideas e intereses, con muchas dificultades para convertirse en acciones de gobierno, en caso de ganar.

Cuando el PRI era el partido único, del Estado, las alianzas tenían mucho sentido, pero entonces fueron muy poco comunes. Antes de 1986, nadie creía realmente en ganarle una gubernatura al régimen de la Revolución. Después, cada quien quería ganarle, pero por su lado. Hoy, se argumenta que se trata de romper cacicazgos locales, impulsando personalidades con partidos relativamente débiles, que unidos pueden dar la pelea. Pero el argumento mismo ofrece la conclusión: si la personalidad que se impulsa tiene fuerza propia, construirá un nuevo cacicazgo. Si no, tendrá en el mejor de los casos un gobierno inane.

La línea clave de separación en los proyectos políticos en México, reitero, ocurre entre el nacionalismo revolucionario, en las versiones diferentes que guste, y un diluido liberalismo, también en distintas presentaciones. Uno puede encontrar dentro del PRI estas dos grandes tendencias, pero cuesta trabajo encontrarlas en los otros partidos. En consecuencia, quien define la competencia es el PRI, al impulsar en cada entidad un candidato, y un grupo político, de una de las dos lógicas. Frente a ese candidato, las posibilidades del PAN y el PRD se construyen.

Se puede argumentar que en las elecciones estatales esta fractura ideológica es un asunto menor, y que es mucho más relevante la dinámica local. Lo es para los votantes, sin duda, pero no para los partidos, que tienen que construir una plataforma nacional. De muy poco sirve ganar una entidad con una alianza que diluye la oferta política e ideológica, sin dar a cambio ni una estructura local ni acciones claras de gobierno.

Las alianzas contra el PRI pudieron haber sido una gran herramienta para destruir el régimen autoritario, pero entonces no se hicieron. Hoy no tienen ningún sentido. Si lo que se quiere es ganarle al PRI, el camino es precisamente ahondar la fractura ideológica que separa a ese partido, y de hecho, al país entero.

Es tiempo de claridad ideológica, no de confusión electoral.

www.macario.com.mx

Profesor de Humanidades del ITESM-CCM

